

En MARCHA, N° 965, Montevideo, 26 de junio de 1959

Alfredo Mario Ferreiro

Hace meses que se sabía condenado. Pero sus fatigas nada podían contra su ingenio. Si sufría, bien lo ocultaba, como ocultó durante años el tremendo dolor que le causó la muerte de su hijo. Como ocultó también, durante meses y meses, la tortura que le producía ver como moría, de a poco, su mujer. Otros, que han hecho el justo elogio que merecía, lo conocieron en la juventud esplendorosa o en la madurez rebosante de escepticismo e ironía. Nosotros tuvimos la suerte de ser sus amigos desde los bancos de la escuela, la vieja escuela N° 5 de Magdalena Dacquó, ahí nomás, al lado de la iglesia de los Vascos. Frente a nuestra mesa está una fotografía —que no es un daguerrotipo— de aquellos tiempos. Es nuestra clase, en el patio escolar.

Ahí aparece él, con su guardapolvo blanco y almidonado, su corbata de moña, una mueca burlona, aún simiesca, en la cara cetrina y angulosa.

A veces, cuando su fatiga no le impedía subir escaleras y llegaba hasta nosotros, solíamos detenernos en la vieja y tal vez ridícula fotografía. El tiempo se detenía —el tiempo que a los dos nos había golpeado, un poco más, un poco menos, como golpea a todos— y nos veíamos de nuevo, sin decírnoslo, en el maravilloso mundo perdido de la infancia.

Ahora que está muerto, no queremos evocar al Ferreiro escritor y bohemio, poeta y periodista, al Ferreiro ingenioso y agudo, burlador de las penas. Queremos evocar al Ferreiro niño —nunca dejó de serlo— que ha entrado en la muerte, para reconquistar, limpia el alma como siempre, los nunca olvidados y mágicos castillos de su infancia.